

una crucecilla ó de un tratamiento de excelencia; no las gentes ricas, digo, sino los numerosísimos comerciantes, propietarios y gentes de la clase media, se apresuraron á agasajar á Juárez y á los suyos obsequiándoles con días de campo, meriendas, serenatas, bailes y fiestecitas con que les traían como zarandillos, de aquí para allá, sin darles tiempo para descansar un punto.

En una de las fiestas, que por cierto pasó en una quinta apretada de frondosa y repuesta arboleda, Guillermo Prieto obtuvo uno de los más grandes triunfos de su vida.

Ya habían hablado Zarco, redactor de la *Independencia Mexicana*; Zamacona, que dirigía el *Diario Oficial*, y algún otro de los plumíferos que acompañaban al gobierno, cuando alguien lanzó el regocijado grito de *bomba*, señalando al mismo tiempo al escritor de *El Monarca*.

Guillermo se puso en pie y empezó por saludar al distinguido concurso en que veía á las muchachas de ojos más charlatanes, más traicioneros y más bonitos que había topado en su vida: «cuanto yo diga, exclamó, de San Luis la hospitalaria, *pus bueno*, á ellas se lo dedico con su requilorio y su puntuación y sus granitos de ajonjolí».

Recordó la influencia del famoso Calleja, avecindado en San Luis, tan celoso realista que antes de que se lo ordenara el virrey ya tenía lista á la tropa que le había

de acompañar en su tremenda y desoladora campaña contra los beneméritos independientes. Hizo ver cómo en aquel hombre cruel y truculento había un alma de verdadero soldado, pues no sólo había obtenido grandes éxitos en su carrera, sino que había prohiado á militares tan famosos como Gómez-Pedraza, Barragán, Bustamante, Armijo, Martín de Aguirre y don Manuel Oviedo.

Habló de Herrera y Villerias y de su heroica tentativa para libertar á San Luis; de las hazañas de Mina; de las muertes de Márquez, de don Zenón Fernández y de don Esteban Montezuma y de los pronunciamientos de Paredes y de Ugarte.

¡Con qué colorido describió las invasiones de los bárbaros, cuando se les vió á unas cuantas leguas de San Luis, en La Hedionda, dueños de la situación, matando, asolando é incendiando, sin freno ni ley que les sujetara, hasta que los potosinos cayeron sobre ellos en El Salado destrozándoles sin compasión y obligándoles á dejar sus presas!

Pero cuando Guillermo subió á una altura inconmensurable fué cuando alabó el civismo de los potosinos en la época de la guerra americana. «Cuando casi todos los hijos, rugió, como los infames descendientes del rey Lear, se excusaban de servir á la patria y le volvían las espaldas, San Luis, como una nueva é insigne Cordelia, fué de los pocos que no sólo presentaron sus arcas y le dieron á



la madre común su dinero á manos llenas; no sólo le entregaron el sustento que cuidadosamente guardaban en sus bodegas; no sólo pusieron á su disposición lo que más amaban, sino que hicieron algo más: abrirse las venas y ofrecerle toda su sangre generosa.»

¡Qué aplausos los que ahogaron las últimas palabras de Guillermo! Le abrazaban los hombres, le sonreían las mujeres, los vivas le ensordecían, y con su copa en la mano aguardaba á que se sosegara aquel motín.

Concluyó así:

«Afortunadamente, señores, no anda por aquí el insigne visitador don José de Gálvez, que si anduviera pocas le habrían de parecer nuestras cabezas para cortarlas y ponerlas en la picota escarmentando así á los autores de tumultos... Permitidme que concluya como empecé, brindando por las bellas damas potosinas, tan nobles, tan patriotas y tan buenas. Ellas son el imán de mi vida, la calandria que alegra mis tristezas, la lluvia de hojas de rosa que refresca mis sienes de bardo, la campanita de oro que me llama al cumplimiento del deber.

»Por ellas, señores; porque los franceses no hallen en San Luis más que miseria, aislamiento y desdén, y porque esos ojos que ahora nos alegran con sus miradas y esos labios que nos entusiasman con sus palabras de miel, fulminen todos sus rayos sobre los verdugos de la patria, lancen todos sus anatemas contra los malvados que de-

sean amamanten hijos esclavos los senos de las bellas potosinas.»

Concluyó Guillermo, y el mundo parecía venirse abajo con los aplausos, los gritos, las felicitaciones, el chocar de copas y el bullir de gentes que iban á estrechar en sus brazos al orador y á darle la enhorabuena.

#### IV

Una mañana se presentó en la oficina de Guillermo un sujeto bajito de cuerpo, blanco de rostro, de ojos redondos, nariz ganchuda, cara circular y calva que parecía tallada con esmeril. Si es cierto lo que han imaginado algunos ingeniosos sobre la adivinación de los instintos humanos mediante los rasgos fisiognómicos, aquel señor debía de tener instintos de buitre.

— Pasa, Sebastián, dijo Prieto, que hablaba en aquellos instantes del envío de un correo extraordinario. Pasa á lo barrido, que en este instante estoy á tus órdenes.

Tomó asiento el de la calva, y cuando Guillermo le vió tan elegante y tan pulido, sin una mota la ropa, albeante el cuello y respirando aseo desde la cabeza monda y aplanada hasta el calzado reluciente y que parecía no haber tenido contacto con el barro de la calle ni con cosa ninguna que no fuera pulcra y elegante, le dijo lanzando un suspiro:



— Tú siempre tan limpio... tan limpio. Eres como Juárez: parece que á cada vez que uno les ve salen de una cubierta... ¿Qué te trae por aquí, hermano?

— No me agradezcas la visita, dijo el otro sonriente: ya sabrás de ese famoso pleito que por aquí ha llamado tanto la atención...

— No sé nada.

— Se trata de un sujeto que murió enfermo de tifo después de otorgar una memoria testamentaria. Los designados como herederos en el papel naturalmente, sostienen que éste es bueno y que se debe llevar á cabo; los preteridos y que se juzgan perjudicados ponen el grito en el cielo y juran que el otorgante estaba fuera de sus cabales...

— ¡Qué curioso!

— El negocio dura hace diez y seis años, se han escrito para ventilarle algunos medianos montes de papel sellado, los de la curia han percibido dinerales y la cosa no tenía trazas de acabar en los días de la vida, cuando á las dos partes se les ocurrió nombrarnos árbitros á Pepe Iglesia y á mí. Estudiamos el asunto con toda escrupulosidad y anoche, que hicimos saber que ya estaba para notificar el fallo, las afueras del hotel en que vivo estaban llenas de gente ansiosa de saber cómo terminaba este litigio que tanto ha apasionado á la población.

— ¿Y qué resuelven?

— A su tiempo lo sabrás.

— ¿De manera que todos esos mirones se quedaron como el violón de tío Roque?

— ¿Cómo se quedó ese violón?

— Templado y en un rincón.

— Cabal. Ahora quiero que me facilites, si acaso le tienes, á un buen escribiente, hábil, servicial, listo, de buena letra y sobre todo, discreto. ¿Le tienes?

— ¿Que si le tengo? ¡Pero si parece que estás haciendo el retrato del señor don José Brambila, que presente está y que te recomiendo con toda mi alma! ¿Le mandas aquí lo que ha de copiar ó te busca en tu hotel?

— Ni una ni otra cosa. Como se trata de papeles reservados y queremos que la copia quede concluída á la mayor brevedad, le hemos arreglado al señor una piececita muy llena de luz que colinda con la oficina de Iglesias. Así cualquier dificultad que pueda haber en la lectura de la difícilísima letra de Pepe, que es el ponente, la podrá consultar sin tener que andar mucho trecho.

— Pues váyase con el señor Lerdo, amigo Brambila... Adiós, Sebastián, hijo; tú siempre gozando. ¡Quién fuera tú! Te vas á ganar un dineral en ese negociazo; pero bien te lo mereces por talentoso y por trabajador. Que Dios te bendiga, Sebastián.

— ¡Qué dineral, hombre! El pleito es de importancia: varias haciendas que valen varios millones de pesos;



pero Iglesias y yo hemos convenido en no cobrar más que mil pesos.

— Debían cobrar más: lo da el negocio.

— Eso hemos creído que valía nuestro trabajo.

El cuarto en que don Sebastián instaló á Brambila era amplio y fresco; colindaba, como había dicho el abogado, con la aduana; pero mediante tres ó cuatro piezas vacías, siguiendo por el otro lado muchas más también desocupadas y que iban á dar al despacho de la presidencia.

El amanuense empezó su trabajo con verdadero frenesí, pues por una parte le importaba dejar satisfechos á aquellos señores, y por otra don Sebastián le había dicho repetidas veces al darle las instrucciones:

— Este es trabajo de empeño; lo pagaremos á razón de tres pesos el pliego si sale de nuestro gusto.

Ya llevaba varios días escribiendo en forma de resultandos y considerandos el parecer que aquellos señores se habían formado acerca de aquel difícil y complicadísimo problema jurídico, cuando una mañana sintió que alguien entraba á la pieza vecina, y luego de sentarse en un sofá que á mano había por allí empezó á departir con otra persona que se sentó en una silla. Conoció Pepe los movimientos de los interlocutores, en el crujir del asiento del canapé y en el surcar el suelo las patas de la silla, y siguió escribiendo sin figurarse que aquellos sujetos vendrían á hablar cosa secreta.

La voz del que hablaba con más reposo y autoridad era desconocida para el escribiente, la del que respondía con sumisión, aunque con entereza, sí recordaba haberla escuchado: era la del sujeto que había ido á buscar á Prieto y á quien éste había llamado Manuel.

— Le he mandado llamar, señor Doblado, dijo el de la voz acompañada, para preguntarle por qué razón acaba de ordenar que salgan de San Luis dentro de veinticuatro horas y del país dentro de un mes, dos personas que no tiene usted facultad para desterrar.

— Señor, respondió el otro con una poquilla de altanería, los sujetos á quien usted se refiere, y que no son otros que don Francisco Zarco y don Manuel María de Zamacona, son gentes ingobernables é indignas de que se les trate con amabilidad.

— No pido para ellos amabilidad; pido justicia.

— Hostilizan constantemente al gobierno, son una rémora para la buena administración, censuran cuanto se hallan á la mano, y no hay providencia, determinación, trabajo ó arreglo que ellos no estén prontos á encontrar defectuosos ó inoportunos.

— En efecto, algo hay de eso.

— Y no sólo, sino que en las actuales circunstancias, cuando todos debíamos agruparnos alrededor de la bandera que usted empuña y prescindir de divisiones de partidos y sobre todo de discolerías, éstos vienen á introdu-



cir el desorden y á ser causa de que la defensa nacional se debilite.

— Quizás tenga usted razón.

— Pues á eso se debió, exclamó triunfante don Manuel, la providencia cuya razón deseaba usted conocer.



— Y que, sin embargo, repruebo.

— ¿La reprueba usted, señor? dijo don Manuel en el colmo de la estupefacción.

— Sí, señor Doblado, la repruebo porque significa un atropello inferido á dos ciudadanos, á dos diputados, á dos miembros de la comisión permanente del Congreso. ¿Qué más quisiera yo que todas las pro-

videncias que dicto fueran del gusto de todo el mundo, y sobre todo de personas ilustradas, como lo son esas á quienes usted ha impuesto una pena exorbitante y prohibida por la Constitución? Pero si no es posible dejar satisfechas á esas gentes, por lo menos hay que dejar satis-

fecha á la ley, y por eso le digo á usted que repruebo su providencia.

— De manera...

— De manera que creo debe usted revocar la orden que ha dictado y que hemos convenido en que es arbitraria.

Hubo un intervalo de silencio, y á poco dijo Doblado con enojo:

— Así no se puede gobernar.

Y después de otra interrupción:

— Le suplico á usted acepte mi renuncia.

Y la silla subrayó el mal humor del ocupante, rayando el suelo con una priesa que daba idea del estado de espíritu de don Manuel.

— La acepto con sentimiento por tener que privarme de los servicios de persona como usted, pero ya que usted asegura que no puede gobernar...

Y crujió el sofá expresando satisfacción porque se le quitaba de encima un peso abrumador, y la silla rechinó llena de rabia al sentir que la movían del sitio donde estaba bien hallada.

— Adiós, señor Presidente... Saldré pronto para Guajuato.

— Adiós, señor Doblado; que lleve usted muy buen viaje.

Y los pasos se alejaron en dirección de la crujía de habitaciones.



Así supo José Brambila de la crisis ministerial primero que nadie.

A pocos días aparecieron en el *Diario Oficial* los nombramientos de Lerdo para Ministro de Relaciones y Gobernación, y de Iglesias para Secretario de Fomento y Justicia.



## CAPITULO V

Los dioses se van...

**A**y, Brambila, hijo mío, qué mal anda todo y cuán pronto vamos á saber lo que es amar á Dios en tierra ajena! ¿Ha visto usted cosa más terrible que el asesinato del excelente Nacho de la Llave? Cayó al frente de su tropa tan confiado, tan tranquilo, tan sereno como en otro tiempo se presentaba frente á las balas reaccionarias y francesas. Pues todavía hubo algo más espantoso, que fué la muerte de Comonfort, que pereció sólo por hacer ver que tenía muchísimo valor, por una de esas galanetas de charro coleador que son la especialidad de los del Bajío... ¿A dónde vamos á parar, Brambila? No tenemos tropa, no tenemos generales, no tenemos plata, y sí tenemos la obligación de sostener á toda costa este edificio que amenaza desplomarse... ¿Qué